

ÍNDICE

Dedicatoria	V
El legado espiritual de Paramahansa Yogananda.	IX
Prólogo de Amelita Galli-Curci.	XII
Introducción.	XIII

CAPÍTULO I

Oraciones y pensamientos espirituales	I
---	---

CAPÍTULO II

Invocaciones a las manifestaciones de Dios en los templos de las grandes almas.	183
--	-----

CAPÍTULO III

Oraciones infantiles	201
--------------------------------	-----

CAPÍTULO IV

Experiencias en el estado supraconsciente	215
Paramahansa Yogananda: un yogui en la vida y en la muerte	285
Metas e ideales de <i>Self-Realization Fellowship</i>	290
Glosario.	292
Índice alfabético de títulos.	307

Salutación a Dios como el Gran Preceptor (De las escrituras sánscritas)

Dios de bienaventuranza, suprema fuente del gozo; Esencia de la sabiduría, inmune a la dualidad¹, claro como el diáfano cielo; Voz que proclama *Tú eres Eso*; el Uno, eterno, puro e inmutable; Testigo omnipresente, exento de las tres cualidades de la Naturaleza² y fuera del alcance del pensamiento: ¡Oh Divino Preceptor, ante Ti me prosterno!



¹ Véase *maya* en el Glosario.

² Véase *gunas* en el Glosario.

La melodía de la fraternidad humana

Espíritu Celestial, vamos viajando por muchos caminos rectos hacia tu morada de luz. Guíanos por la carretera del autoconocimiento, a la que conducen finalmente todos los senderos de las genuinas creencias religiosas.

Las diversas religiones son vástagos de tu único e inmenso árbol de la verdad. Permítenos saborear los deliciosos frutos de las percepciones del alma, que cuelgan de las ramas de las escrituras sagradas de todos los tiempos y latitudes.

Enséñanos a entonar en armonía las innumerables expresiones de nuestra devoción suprema. En este templo Tuyo, la Tierra, con un coro de voces de muy diversos acentos, sólo te cantamos a Ti.

¡Oh Madre Divina!, elévanos en tu regazo de amor universal. Rompe tu voto de silencio y cántanos la conmovedora melodía de la fraternidad humana.



¡Oh Espíritu!, nos unimos para adorarte

Con miríadas de vivos pensamientos de devoción, hemos construido un inmenso y descubierto santuario universal para adorarte, ¡oh Espíritu! En nichos de reverencia colocamos las refulgentes lámparas de sabiduría de todos los templos, tabernáculos, viharas³, pagodas⁴, mezquitas e iglesias.

Desde el pebetero del corazón, asciende en espirales el incienso mezclado de nuestros anhelos divinos. En el inefable lenguaje del amor, elevamos hacia Ti nuestros himnos de alabanza.

En el silencio interior de nuestro ser, el potente órgano de *Om* toca el cántico de todas las aspiraciones, el lamento de todas las lágrimas y el grito creciente de todos los júbilos.

En esta estructura espiritual sin muros, nosotros, tus hijos, estamos unidos. Sentimos la gracia de tu complacencia, ¡oh Padre de todos! *Amén, Hum, Amín, Om*⁵.



³ Véase el Glosario.

⁴ Véase el Glosario.

⁵ Véase el Glosario.

Que sepa yo perdonar a todos

¡Oh Señor Misericordioso!, enséñame a derramar lágrimas de amor por todos los seres. Que pueda verlos como a mis parientes más queridos, como a distintas expresiones de mi Ser.

Que con la misma facilidad con que disculpo mis propios errores, perdone yo las faltas de los demás. Bendíceme, ¡oh Padre!, para que no mortifique a mis compañeros con críticas desagradables; y si alguna vez me piden consejo con el deseo de corregirse, que sólo les sugiera lo que Tú me inspires.

Enséñame a conducir hacia Ti, con la fuerza de la bondad y del amor y sin coerción alguna, a los que tropiezan y a los obstinados. Guía mi entendimiento y mis facultades para que pueda transformar a los seres de naturaleza oscura en radiantes profetas que reflejen plenamente tus rayos de sabiduría.

Así como Tú concedes siempre, incluso al asesino que ha sido ejecutado, otra oportunidad para mejorarse en una nueva encarnación —en la cual usa un cuerpo irreconocible y se desenvuelve en otro ambiente—, que asimismo pueda mi compasión extenderse hasta los malhechores a quienes el mundo ha abandonado. ¡Oh Espíritu!, permite que la llama de mi amor derrita el hielo de todos mis hermanos congelados por el error.

Humildemente esperas la ocasión para revelar a los hombres tu presencia en ellos. ¡Oh Incomparable Paciencia, tranquila y silenciosa ante un mundo indiferente!, confíerme la gracia de tu infinita clemencia. No permitas que pretenda vengarme de quienes me hieren sin piedad.

Deja que con benevolencia ayude a los demás a ayudarse a sí mismos. Enséñame a no reprobar su ingratitud si se vuelven contra mí y no me permiten seguir ayudándolos.

Que pueda perdonar —primero en mi interior y después en el exterior— a aquellos que más profundamente me hubieran ofendido. Que sepa devolver amor por odio, dulces alabanzas por amargos reproches, y bien por mal.

Aun en el hombre más tenebroso y depravado se halla oculta la luz divina, esperando condiciones propicias para resplandecer exteriormente, tales como frecuentar buenas compañías y tener un ardiente y sincero deseo de perfeccionarse.

Señor, te agradecemos que no haya pecado imperdonable, ni mal que no pueda ser vencido, puesto que el mundo de la relatividad no contiene absolutos.

Guíame, ¡oh Padre Celestial!, para que despierte